

Peña Gill, Julio Eduardo. Entretejer la ciencia con la ética buscando caminos con futuro. En publicación: La revolución contemporánea del saber y la complejidad social. Hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo. Sotolongo Codina, Pedro Luis; Delgado Díaz, Carlos Jesús. 2006 ISBN 987-1183-33-X
Acceso al texto completo: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/soto/Colaboraciones%20Pena%20Gil.pdf>

JULIO EDUARDO PEÑA GILL*

ENTRETEJER LA CIENCIA CON LA ÉTICA BUSCANDO CAMINOS CON FUTURO

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

NOS GOLPEAN LOS LÍMITES DE LA MODERNIDAD

Es preciso superar a todo nivel el planteo escindido de la realidad que ofrece la modernidad, porque esta ya ha demostrado que sus caminos –que, en buena medida, hoy seguimos transitando, cada vez más sobresaltados– están exhaustos y sin salida.

La modernidad, partiendo de Descartes, escindió la realidad entre una racionalidad subjetiva y un objeto objetivizable. Este modo de interpretar la realidad encontró históricamente un cauce aprovechable por los sistemas socio-político-económicos mundialmente hegemónicos. Esa racionalidad subjetiva se volvió a escindir en teórica y práctica. Al estar separada la razón teórica del sentido común, se hipertrofió en razón científica, perfilándose, en un contexto de desarrollo de la burguesía capitalista, como razón instrumental por su utilización para la tecnología y la producción. Esto significó su ligazón a los medios y no a los fines, conformándose como una postura de neutralidad valorativa.

* Licenciado en Historia y profesor de Ciencias Sociales y Filosofía, Asunción, Paraguay.

Pero esto claramente tiene sus límites y sus consecuencias. Y se constata en los hechos: antes de la Segunda Guerra Mundial, las discusiones sobre la manipulación por parte del hombre sobre la realidad no tenían sustento práctico radical. Sin embargo, en estas últimas décadas, ya no se trata sólo de hablar de cambiar (e incluso destruir, según la voluntad o capricho político) la vida, la faz de la tierra, el curso de los cometas... hoy todo esto, además, es posible, o fundamentalmente proyectable: manipulación genética, de energía atómica, ciber-tecnología. La desunión entre razón y ética, más la hipertrofia de aquella y el subdesarrollo de esta, ya no es viable. Esto significa que así el futuro está cerrado. La humanidad, con las bases de la modernidad, no está preparada para sobrevivir.

GOLPEAMOS LOS LÍMITES AMBIENTALES

Viendo la verde sangrante realidad cotidiana, ¿cómo la naturaleza soporta y permite ser usada como objeto, y parece responder a esa concepción? Porque, la respuesta ya apuntada por este “aguante”, es que dicha teoría, división sujeto/objeto, por tanto dominador-explotador/dominado-explotado, es cierta, y nos corta nuestro sueño, antiguo como el hombre.

Y la respuesta es que no: la naturaleza no lo soporta. Aguanta, sí, pero apenas en pequeña medida y temporalmente; porque la consideración de la realidad como conjunto de entes, aislados, cada uno algo “en sí” y por tanto cerrado, es violenta, porque destruye la unidad y el entrecruzamiento de relaciones.

Aguanta seguramente para darnos un tiempo para pensar, experimentar nuestros propios desastres, a ver qué hacemos.

¿Gestión “racional” de recursos? ¿O superación de la modernidad, con principios holísticos, relacionales? ¿Con cuál sobreviviremos? ¿Con cuál viviremos (todos y cada uno) en serio y bien? A este “malestar de la cultura” –y de todo– contestan, efectivamente, las luchas por el crecimiento de la diversidad cultural, la afirmación de identidades, la reivindicación de los derechos del ser, por tierra propia, educación, alimentación, aire, agua... masacradas y generadas por unas estructuras injustas basadas en concepciones rotas. El sujeto por acá, el objeto por allá. El “problema ambiental” (lo atendemos desde nuestra civilización porque es problema, no porque es ambiental) se nos presenta como el último espejo entre tantos, que tantos habrán tenido como penúltimo aviso: el problema ya no es que le estamos quitando libertad y comida a muchos otros, sino que el buen aire, el sol y el agua ya nos están por faltar a nosotros. Los de arriba, los únicos. Espejo privilegiado, señalando que la intolerancia cultural a la diversidad de los entornos humanos es una manifestación social con-

creta del daño ambiental ocasionado por el hombre histórico a sí mismo, y que el problema ambiental está entonces estrechamente vinculado con la liberación social y política.

Sin duda, las vías de solución están dadas por el reconocimiento y superación de límites epistemológicos, económicos, económico-políticos, políticos. ¿Será posible cambiar esto desde adentro? Adentro como Occidente. ¿O la solución tiene que venir desde afuera?

PREGUNTANDO SUS LÍMITES A LA CULTURA

¿Fue y es Occidente, y por tanto la modernidad, en su base, siempre la proyección de lo mismo: ente (ruptura sujeto-objeto), modernidad/capitalismo/razón instrumental? ¿Desde la raíz somos/son así? Sería entonces necesario encontrar una base anterior. ¿Occidente nace con la razón entitaria? Heidegger lo niega.

En Paraguay tenemos una hermosa tradición cultural, milenaria (antes de los europeos y occidentales), indígena: el vínculo con las plantas medicinales; los “yuyos, remedios, pohá”, que se venden en las calles, se buscan al costado del camino y sirven para tomar con yerba: “mate” con agua caliente, “tereré” con agua fría. En este sentido, en el saber de la yuyera hay todo un proyecto de civilización alternativa.

Pero ¿y en Occidente? ¿Hasta qué punto dicho saber queda en las comunidades, en la gente, en los libros, y es apoyo para otros caminos alternativos, dentro de la propia civilización? Hasta ahora se desarrollaron unos y no otros.

La cuestión es no llegar a lo ya trágicamente famoso, que pasó aquí en Paraguay, en el Supermercado de la Muerte: la gente, cuando quería correr, no tenía las puertas abiertas. Tenemos que abrir muchas puertas, y salir todo el tiempo. En esto hay que aplicar el pensar.

Pienso que hay que salir un poco fuera de Occidente, porque dentro de esta civilización no están todas las respuestas, y esto es notorio.

Mas los latinoamericanos, que venimos de una tradición cultural y étnica muy variada, no tenemos por qué encerrarnos dentro de una visión exclusivamente occidental.

El proyecto cerrado en la propia racionalidad –étnica o civilizatoria– es siempre destruir y dominar al resto. Pretender ser amplios absolutizándonos a nosotros mismos es una incoherente contradicción, situación cada vez más notoria e insostenible.

Hoy día, por primera vez, existe la posibilidad y realidad de sentirnos en conjunto en el planeta, dado el grado de control de las distancias y las comunicaciones alcanzado a través de la tecnología.

GLOBALIZACIÓN, UNIVERSALIDAD

Pero, en la historia de Occidente, se han llamado “universales” a enfoques simplificadores, que realmente han sido un particularismo etnocéntrico proyectado impositivamente. Un auténtico universalismo debe surgir del contraste, el diálogo, la interacción entre todas las culturas existentes, incluyendo las pasadas. Es un proyecto de futuro, como una “transdisciplinarietà” del ámbito multicultural.

Cuando hablamos de cualquier ámbito de la realidad es preciso cobrar conciencia de que estamos hablando de fenómenos culturales, es decir, que la “modernidad”, el racionalismo subjetivo y su encarnamiento en nuestras vidas, etc. son fenómenos socio-históricos que existen sólo para las personas insertas en el horizonte occidental. Fuera de él carecen de sentido y de existencia, a no ser como un hecho exterior, de otra cultura con la que me encuentre.

Este hecho de la existencia de mundos “situados” es hoy supuestamente cosa sabida, porque vivimos en un aparente ámbito de “globalización”, es decir, de la caída de las fronteras de protección de las diferentes comunidades humanas.

La globalización en sí es un acontecer que surge de abajo hacia arriba, fruto de la complejización sucesiva de la interacción de la complejidad social, enriquecida por las tecnologías de comunicación social, que potencian incontrolablemente la comunicación humana. Y, por otro lado, el sesgo de dominación que esta globalización toma es otra cosa, y está condicionada de arriba hacia abajo, por los poderes hegemónicos mundiales. Sin embargo, la riqueza de posibilidades y alternativas significa también que no es el único condicionamiento posible, sino que también es posible, a través de la lucha y la organización política y cultural, una globalización que libere las fuerzas sociales, canalizando y potenciando, respondiendo a las energías y expectativas surgidas de abajo hacia arriba. Esto es posible porque el desenvolvimiento de lo social y la globalización está abierto, es imprevisible.

Por ello, el poder de las tecnologías en la globalización tiene doble filo: estas sirven para dominar mejor, pero pueden servir también para liberar mejor. La opción está en manos de la lucha de los pueblos y las personas.

El análisis de la estructura social que parte desde las expectativas, pasando por las pautas de interacción, llegando a las macroestructuras que nuevamente, circularmente, condicionan las bases sociales, nos abre a la perspectiva de que en lo social y en la historia nada está absolutamente determinado ni terminado, y que siempre hay nuevas oportunidades para construir nuestros sueños de justicia y libertad auténtica para todos. Claro, no es tan fácil hacerlo, pero lo importante es ver que el horizonte no está cerrado.

NECESIDAD DE “SER CONTEMPORÁNEO DE NUESTRA CONTEMPORANEIDAD”

“Ser contemporáneo de nuestra contemporaneidad”. Esta frase puede ser interpretada de varias maneras, según la época que a uno le toque vivir. Nuestra época exige una interpretación radical: es preciso ser contemporáneos de nuestra época. Y, más allá de identificar este compromiso con tal o cual corriente de pensamiento o política, el sentido que para mí aparece es el de por qué ser radicales: porque hemos llegado, y estamos llegando, a la raíz de varias dimensiones históricas, que recién en nuestra época cobran un sentido real, pero dramática o esperanzadoramente real.

Es decir, pensar hoy, y vislumbrar nuevos caminos, no es un “deporte” científico, filosófico: en ello se nos va la vida. Y se nos están yendo, por ejemplo, tantas especies biológicas, tantos paisajes de belleza que nos hablan de millones de años; también, tanta riqueza cultural oculta por la monótona campana globalizante.

Y está la otra campana, que se escucha en los sonos posmodernistas que, inconformes con el hoy, piden bases más amplias, más liberadoras de todo lo que los humanos sentimos que tenemos dentro.

Pienso que un camino de un “universalismo” más real (viejo ideal o declaración nunca realizada) estaría hecho de diferencias, particularidades, límites, pero visualizando todos un amplio horizonte, quizá infinito, de posibilidades de interrelaciones, de alguna manera común a todos.

Esto se entrelaza con lo que suele llamarse “utopía”. Palabra difícil, pues si literalmente significa “lugar que no existe”, tiene, según se observa en su uso, dos líneas de interpretación: para un diccionario es “algo deseable pero irrealizable”, pero en muchos coloquios se usa como “algo que no existe todavía, pero que podría llegar a existir”, o que podría guiarnos y estimularnos para acercarnos al cumplimiento de nuestros ideales. Un peligro en el uso de esta palabra, en esta ambigüedad, es el hecho de sacarnos de la dimensión cotidiana de lo real cuando se presta a manipulaciones de ilusionistas políticos. Por ello, si uso esta palabra aclaro que le doy el sentido de “proyecto”.

Así, es fácil decir que “el ser humano es un ser abierto”, padre de lo inesperado en todo, y sentirnos bien respaldados ontológica y antropológicamente. Pero no es fácil sostenerlo viendo en el día a día sus condicionamientos, la lentitud de los cambios, la reiteración de nuestras mediocridades. Justamente, Ernesto Che Guevara es un fecundo ejemplo de lo que pueden el ideal, el esfuerzo, la coherencia, la apertura. Veo también otras vidas a mi alrededor y concluyo que, teniendo muchas dificultades, algunas personas construyen un hermoso templo y hogar. Y el saldo positivo que todavía tenemos en el

mundo, y que es mucho, es tal gracias a estas personas que dan de sí. No hay otra conclusión posible: sin utopía, todo se hunde. Efectivamente, ser utópico, pero con los pies bien puestos en el suelo, es, no una fórmula (“no hay métodos...”), sino un buen consejo para no perder nunca de vista la felicidad. Porque la realidad del mundo humano interpretativa, de relación, y nuestras “objetivaciones”, son constructos de poder y por lo tanto pueden cambiar. Y ese cambio lo dirige la acción humana, asentada en muchas cosas, entre ellas, sus sueños. Los mismos sueños de siempre de la humanidad despierta: justicia, libertad, pan, saber.

BUSCANDO UN HORIZONTE ABIERTO AL FUTURO

La nueva base interpretativa de la realidad propuesta por varias vertientes del posmodernismo pasa por un “más allá” de sujeto y objeto aislados: estos se conforman a partir de la significatividad surgida del contexto de la vida cotidiana, situada, no universal e idéntica. El objeto pasa a ser considerado como un constructo simbólico de saber, el sujeto como constitución permanente en una contextualidad, donde se da una interacción todo-partes, e inter-niveles, emergiendo órdenes superiores de complejidad cualitativamente nuevos.

Este enfoque lleva a la transdisciplinariedad, una dimensión teórica y práctica que incluye todas las dimensiones humanas de relación con el entorno. Su objetivo es entender, e interrelacionarnos con, este mundo en que vivimos, extraordinariamente complejo, y nos conduce a una consideración holista, no sólo intelectual, sino también de nuestras emociones, tipos de intuición, y por tanto a una apertura temática: diálogo con el arte, las culturas y nuestro vivir cotidiano, el de absolutamente todos.

La propuesta del oncólogo estadounidense Van Rensselaert Potter, fundador de la Bioética, en un proceso de enriquecimiento por su carácter abierto e integrador, logra operar sobre el punto planteado, la sobrevivencia humana, porque identifica y trabaja sobre los elementos reales fundamentales de esta problemática. Aprovecha la efectividad transformadora de la ciencia, su capacidad investigadora empírica, su teorización lógica y aplicabilidad, con la profundidad, libertad, sentido de responsabilidad y sensibilidad abierta a lo humano del humanismo, para crear y dirigirse a un nuevo planteo, construcción y mundo, ya no quebrado, enfrentado, dogmático, sino integrado, abierto, integrador; integralmente responsable.

Aplicar el enfoque ‘de la Complejidad’ tanto al trabajo teórico como a la práctica social implica un cambio de vida. Es decir, la revolución no se da sólo en el saber, sino que este profundo cambio es un cambio total de vida. Por ejemplo, de actitudes: de una seguri-

dad prepotente (que sin consideración se plantea, planifica y aplica el uso indiscriminado del medio ambiente, llegando a la destrucción), pero paradójicamente apoyada en el miedo y la desconfianza patológica (como se observa en muchas prácticas económicas, políticas y militares, que dominan violentamente o destruyen al “otro”, en sus diferentes formas, en vez de plantear una colaboración mutuamente beneficiosa), a una humildad cuidadosa, sabiéndonos no dueños de verdades absolutas, de recursos ilimitados, de un medio ambiente pasivo e infinitamente resistente.

Pero, si la sabemos vivir, la realidad es plasticidad, resistencia y riqueza extremas, infinitas. Necesitamos una nueva vida con una perspectiva relacional que nos integre desde nuestro centro diverso.